

QUINTA REUNIÓN

LA ESPIRITUALIDAD CONYUGAL Y LA VIDA DE GRUPO

Introducción

¿Habéis reflexionado alguna vez sobre el valor, el dinamismo y la creatividad de una reunión de grupo? Reflexionemos brevemente sobre esta realidad tan profundamente humana. Más adelante tocaremos nuestra unión en Cristo, que enriquece y da pleno sentido a nuestros grupos.

En los últimos años, importantes empresas han invertido tiempo y dinero para conocer y desarrollar estructuras fundadas en base al equipo, con el fin de favorecer la comunicación, la productividad y la calidad, porque los individuos, plurales y diferentes, pueden juntarse para realizar objetivos comunes.

Esta realidad presenta, con frecuencia, como una pedagogía con algunos elementos esenciales:

- Objetivo común
- Comprensión de los objetivos clave
- Conciencia de que unos y otros se necesitan mutuamente A medida que el grupo crece en apertura, apoyo mutuo, humildad y colaboración, se revelan en él, la cohesión, la confidencialidad, la confianza, la sinceridad, la creatividad y, sobre todo su fuerza.

Una organización de este tipo también se utiliza cuando queremos que un conjunto de individuos se cohesionen para conseguir un objetivo, por ejemplo una orquesta, un equipo de fútbol. ..

Si trasladamos estas reflexiones a nuestra reunión de grupo, también descubrimos en ella una pedagogía. No se trata solamente de la reunión en sí, sino que supone la participación de cada uno, individualmente y en pareja, desde la preparación de la reunión hasta continuar después nuestra formación, practicando durante el mes lo aprendido en ella.

Además, siempre hemos vivido en Getsemaní esa llamada del Corazón de Cristo a ser hermanos en Él. Es una realidad cristiana, que arranca del bautismo y que nos vincula desde dentro a unos con otros. Nosotros nos sentimos unidos a toda la Iglesia. El ofrecimiento de obras diario es una escuela de “sentir con la Iglesia” a tres niveles: universal, diocesano y parroquial. Por eso nos interesamos y nos ofrecemos por las intenciones, es decir, por los deseos más profundos del Papa, de nuestro obispo, de nuestro párroco, para que la Redención de Cristo alcance a todos. Y por eso intentamos estar disponibles y colaborar con todo lo que la Iglesia, nuestra diócesis o nuestra parroquia necesitan.

Pero esta unión con toda la Iglesia se intensifica entre aquellos que nos sentimos parte de esta gran familia que es el Movimiento apostólico. Y esa intensidad de unión fraterna se vive y expresa sobre todo en estas reuniones, que llamamos de grupo.

En el retiro vemos a mucha gente y nos sentimos hermanos en el amor del Corazón de Cristo, pero a veces ignoramos los acontecimientos más cotidianos, muchos de ellos trascendentales, de la vida de los que saludamos cordialmente.

La reunión de grupo permite y favorece ese conocimiento más profundo de las circunstancias de cada uno, de la vida real de cada hermano y hermana. Por eso son tan importantes las reuniones de grupo. El objetivo común es desarrollar nuestra espiritualidad personal y en el caso de los matrimonios también la conyugal. Así nos ayudamos mutuamente en el camino hacia la santidad y contribuimos a la llegada del Reino de Dios a este mundo.

La vida de grupo en la reunión mensual

La reunión de grupo es clave en la vida de esta pequeña comunidad cristiana. Es muy importante que todos los miembros del grupo estén presentes con el fin de favorecer la armonía y preservar la unidad del grupo.

La participación en dicha reunión mensual nos permite dialogar y compartir sobre este objetivo común que es la santidad a la que Dios nos llama y también aprender y poner en práctica el camino de seguimiento que Jesucristo nos enseñó.

El tiempo de oración es fundamental para darnos cuenta de que es Jesucristo quien nos convoca y quien se hace presente cuando nos reunimos en su nombre. También nos ayuda a conocer mejor las Escrituras, buscando, a través de la meditación del Evangelio, descubrir el plan de Dios para nuestra vida. Y al compartir lo que el Evangelio y la palabra de los hermanos que han dirigido la oración nos sugieren, abrimos el corazón a los demás y les hacemos partícipes de lo que necesitamos y vivimos.

Cuando dialogamos en grupo sobre el tema de formación y compartimos con los otros nuestras reflexiones, emprendemos juntos un nuevo recorrido. Cada uno aporta en la reunión sus descubrimientos y el fruto del diálogo conyugal. Esta lectura sosegada y compartida nos ayuda a profundizar en nuestra formación cristiana y humana. Nos obliga a no estancarnos y a conocer cada vez mejor el riquísimo depósito de la fe de la Iglesia.

Además, las preguntas de la reunión nos llevan a compartir no solo aspectos doctrinales sino nuestra propia vivencia del Evangelio y de la doctrina de la Iglesia. Poco a poco, cuando crece la confianza, vamos hablando de nosotros mismos y de nuestras virtudes y defectos y los demás miembros del grupo pueden orar por nosotros dando gracias a Dios o hacerse cargo de nuestras dificultades en el crecimiento de nuestra vida interior o familiar.

Al compartir la comida, tomamos parte de una vida social que Jesús practicó mucho durante su vida en la tierra, como podemos leer en el Evangelio: «Mientras comían Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos» (Mt 26,26). «Cuando ya estaban sentados a la mesa, tomó en sus manos y el pan y habiendo dado gracias a Dios, lo partió y se lo dio. Sus ojos se abrieron y lo reconocieron... » (Lc 24,30-31). A orillas del lago de Tiberíades: «Jesús les dijo: Venid a comer» (Jn 21,12).

Mientras compartimos el alimento que la familia que nos acoge ha preparado, podemos compartir nuestra vida, los momentos de encuentro con Jesús en nuestra vida diaria, en nuestra relación de pareja, en la familia y en la sociedad.

La vida de grupo fuera de la reunión mensual

1. La preparación: Durante el mes, cuando preparamos nuestra reunión de grupo, podemos estudiar y reflexionar de manera personal sobre los diferentes aspectos del tema de formación y, en pareja, dialogar íntimamente, con apertura y sinceridad, favoreciendo el espíritu creado en la reunión de grupo.

Es muy importante el tiempo de dialogar en pareja. A veces los matrimonios hablamos solo de lo que sucede fuera de nosotros, en la sociedad, en nuestro entorno. Más de tarde en tarde solemos hablar de lo que pensamos sobre las cosas que suceden. Y a veces sucede que nos olvidamos de hablar de lo que sentimos, de lo que vivimos en nuestro corazón. Por eso debemos fomentar ese diálogo sobre el tema, reservando tiempos para ello, dejando que las preguntas nos ayuden a decir eso profundo que vivimos dentro, ante la mirada cariñosa y respetuosa de nuestro cónyuge. Como decimos en la reunión, cuando uno habla no hay que interrumpirle y dar nuestra opinión o corregir lo que está diciendo, sino saber escuchar sin interrumpir y sin juzgar. Como hace Jesucristo con nosotros. No nos corrige inmediatamente. Deja que nos expresemos con libertad y nos mira con amor, aunque piense que en algo nos equivoquemos. Debemos ejercitar mucho esa primera cualidad del amor según nos enseña san Pablo: “el amor es paciente”.

Cuando preparamos nuestra reunión, el tema de formación, la oración, e incluso, al preparar la comida, estaremos cultivando nuestra fraternidad de hermanos en el Corazón de Cristo que se disponen a compartirlo todo con los otros miembros del grupo.

«Todos los creyentes, que eran muchos, pensaban y sentían de la misma manera. Ninguno decía que sus cosas fueran solamente suyas sino que eran de todos» (Hechos 4, 32).

2. La asistencia puntual a la reunión mensual: Al participar en la reunión de grupo, asimilaremos las grandes enseñanzas que Jesús nos enseñó a compartir juntos: Caná, donde nos descubre una sensibilidad especial para escuchar a los demás con empatía, poniéndonos en su lugar y adivinando sus necesidades más profundas aunque no las expresen y confiando siempre en que el vino mejor viene al final; Betania, en la casa de Lázaro, donde nos muestra una forma exquisita de dialogar sobre las realidades más íntimas y donde se pone de manifiesto que en el centro siempre debe estar Jesucristo y la escucha de lo que Él nos indica. Se trata de dialogar sobre esas realidades más profundas de cada uno y de compartir nuestro crecimiento espiritual.

Es importante cuidar la puntualidad al empezar, procurando llegar a la casa unos minutos antes para saludarnos. También debemos intentar no alargar innecesariamente la reunión. No deberá durar más de dos horas. Máximo dos horas y media. Los animadores o monitores de cada grupo deben velar para que la reunión sea ágil y respete los tiempos de cada parte (oración, respuestas al tema y comida compartida)

3. Después de la reunión: Cada día, por la experiencia vivida en el grupo y por la práctica de los puntos concretos que comentamos en el tema anterior (ofrecimiento de obras, escucha de la

Palabra de Dios, oración personal, oración conyugal, diálogo profundo y reposado, retiro mensual y reunión de grupo, Misa, Confesión, dirección espiritual, etc... nos dejamos guiar por el Espíritu Santo, que es el que conduce nuestra vida.

Al ser fiel en lo pequeño, nuestra actitud cambia y comenzamos poco a poco a comportarnos de manera diferente ante nosotros mismos, ante nuestro cónyuge, ante la familia, ante el grupo, ante el Movimiento, la Parroquia, la Iglesia y la sociedad.

Es bueno que reflexionemos sobre la importancia y todo lo bueno que nos aportan las reuniones de grupo y sobre su necesidad en la sociedad actual, cada vez más individualista y egocéntrica. «Todos los días se reunían en el templo y en las casas, partían el pan y comían juntos con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y eran estimados por todos; y cada día el Señor añadía a la Iglesia a los que se iban salvando» (Hechos 2, 46-47).

El Concilio Vaticano II habla también de la «Iglesia doméstica». En el centro de los hogares, en el salón de la casa, está intensamente presente el Señor Resucitado, vivo, atento a todos, amando a cada uno tal y como es, con sus cosas buenas y malas, afanado por ayudarlos a convertirse en lo que Él desea. Ahí se encuentra Él, como en la noche de Pascua en el cenáculo de Jerusalén cuando se apareció de repente a los ojos de ese otro grupo de hermanos: los apóstoles. Soplo sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo." y ellos se convirtieron en hombres nuevos. Jesucristo, en medio de los hogares, no deja de infundir su Espíritu. Y quienes se abren a ese Sople -poco a poco aprenden a abrirse- se convierten también en hombres nuevos. Y la reunión se desarrolla, animada por el Espíritu. A esos hombres y mujeres que, después de una larga jornada, llegan a menudo agotados y agobiados de preocupaciones, ese Espíritu les comunica la doble pasión de Cristo: su anhelo de la gloria del Padre y su piedad dulce y ardiente por esas multitudes "que están como ovejas sin pastor".

Lo que acabo de describir no es lo que siempre es, sino lo que debería ser. Porque una reunión de grupo que desde el comienzo no es un esfuerzo común por encontrar a Jesucristo, puede ser una reunión de amigos pero no una reunión de Getsemaní.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN DURANTE EL MES y PARA LA REUNIÓN DE GRUPO

1. Durante el mes, ¿ damos prioridad a la preparación de nuestra reunión de grupo, conscientes de que será un encuentro con Jesucristo? ¿Somos verdaderamente conscientes de que el Señor está presente con nosotros desde el comienzo de la reunión?
2. ¿Nos dejamos guiar por el Espíritu? ¿Estamos atentos a lo que Dios nos va a decir a través de los otros?